

BESAME



SADE

—Señoritas: Ahí fuera está don Perfecto.
 —Que pase.

20 cts.

PROXIMAMENTE:

Almanaque Nudista para 1933



Valiosos artículos de eminentes médicos y celebrados escritores especializados en la materia. Prácticas que deben realizarse en los doce meses del año. Medidas higiénicas que no deben olvidarse. Mandamientos del perfecto naturista. Consejos útiles, anécdotas, pensamientos, etc.

200 FOTOGRAFÍAS DEL NATURAL, 200

Algunas magníficamente iluminadas, presentando hombres, mujeres y niños en plena campiña, completamente desnudos, rindiendo culto a nuestro Padre Sol y a nuestra Madre Naturaleza.



ALMANAQUE NUDISTA PARA 1933

Es una obra higiénica que no debe faltar en ninguna casa.

Al precio de UNA PESETA se encontrará en todos los kioscos

Profilaxia Sexual por el Doctor PIERRE FRECHER

EN PREPARACION

AMOR Y SEXO

Anatomía genital. — Fisiología. — El coito. — Anomalías. — Monstruosidades. — El amor y el matrimonio

LA PROSTITUCION

La prostitución en distintos países. — Casas de citas. — Espectáculos especiales. — Cabarets. — Modas. — Manicuras. — Barrios chinos

Crímenes. — Incestos. — Estupros. — Violación de cadáveres. — Bestialidad y locura.

LA LOCURA SEXUAL

Vicios y Aberraciones

Onanismo o masturbación. — Ninfomanía. — Satiriasis. — Fetichismo. — Sadismo. — Masoquismo. — Pederastia. — Safismo.

PRECIO DEL CUADERNO, 50 CÉNTIMOS.

Redacción y Administración
 Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA
 Teléfono 11102 Tailores "LA GUTENBERG"



COSAS DE MI PUEBLO

LA NOGUERA MILAGROSA

El pobre Ruperto se hallaba más harto de su señora que los pobres de coscurros. Le había resultado una costilla todo hueso, pero del más duro de roer que vieron los siglos. Falto de energías para despojarla de los calzones que le había usurpado, cargaba pacientemente con la cruz del matrimonio, cada vez mayor y más pesada.

Cierto día, después de soportar las "cariñosas" manifestaciones de su dueña, se encontró por las calles del lugar con su amigo Luciano, descargando con él sus pesares. Este, en otro tiempo había sufrido análogo calvario, mas de algún tiempo acá experimentó su apenada existencia una metamorfosis radical; su fierecilla se convirtió, con gran sorpresa de quienes la conocieron, en una infeliz cordera.

—¡Ay, Luciano, quién tuviá tu suerte!—decíale Ruperto afligido.

—Si eso se encuentra al alcance de todos—respondió Luciano—. No tienes más que sentarte al pie de la noguera del tío Retales, y como magia tiés la paz y la dicha que deseas.

—Tú te quisieras reír de mí.

—Ya pues creer que no; ascucha: y prosiguió Luciano en los siguientes términos: Va pa dos años que salí de mi casa dimpuesto a cualquier barbaridá; llevándome ocho u diez gatadas en la cara como surcos patateros, una güena cuquera en el tozuelo y el ojo zurdo como pa echárselo al gato: andando, andando, pande las garras querían, llegué hasta la noguera, y como estaba tan cansau y hacía tantísima calor, me ocurrió sentame a su sombra, y al poco rato me quedé cuasi dormido: al despejame sentí que ya no era el mesmo y ma'bia despaicido el dolor y abatimiento; me creí otro: astonces agarré el camino pa casa, dimpuesto a hacer valer mi autoridad,

pero me quedé chafau; contra lo que pensaba me'ncóntre a la parienta arripintida y mansica, como si nos hubiamos cambiau los genios.

—¿Y crees debo lo a la noguera?—le interrumpió Ruperto.

—¡Ni más ni menos! Allí se quearon todos mis sufrimientos.

—¡Mucho lo dudo, aunque, por si acaso, nada costaría el prebalo!

::

En el campo del tío Retales, la pareja más diabólica de los chicos del pueblo, estaba haciendo una de las suyas. Al ver en lontananza un hombre que se aproximaba con paso decidido hacia donde se hallaban, para no ser descubiertos treparon por la noguera buscando dónde ocultarse, sin abandonar una descomunal gandía que acababan de sustraer.

Ruperto, que no era otro el sujeto en cuestión, llegó al pie de la noguera, tomó asiento, apoyando la espalda en el tronco, y al elevar la mirada hacia el ramaje, cual si fuera a entonar una plegaria, recibió un terrible golpe que le privó el sentido. Los pequeñuelos, creyéndose descubiertos, se olvidaron de la gigantesca fruta que llevaban y se les desprendió de las manos, yendo a caer sobre la cara de Ruperto.

Al volver en sí, sólo encontró el objeto causante de su nueva desgracia, y hecho una lástima, convencido de que no había remedio para él en su negra suerte, volvió sobre sus pasos buscando una urgente cura.

Con el primero que se tropezó al llegar al pueblo fué con su amigo Luciano, quien al verle en un estado tan lamentable, le preguntó:

—¿Qué ta'pasau, Ruperto? ¿Otro lío con la señora?

—¡Quiá!—respondió Ruperto—; que se conoce que'l arbolico tiene otro boticario que no entiende tu melecina.

—¿Eso ta hecho la noguera? ¿Pues cómo se explica?


—¿Aun lo quiés más claro? ¿No estás viendo que en vez del rimedio ma dau lo que dejastes allí!

EMPENTONES




—Dice que me quitará la piel...

¡Bueno..., como es de zorra...!



EL CUARTO DE HORA



Federico estaba ciegamente enamorado de su prima Eloísa.

Ella, lejos de corresponderle, sentía invencible repugnancia hacia él, sin llegar al aborrecimiento.

El muchacho no perdonó medio para conseguir que su prima le amase, y apeló a los recursos más extraordinarios que le sugiriera su imaginación de veinte años, fogosa y

audaz por tanto, aunque todo resultó inútil, hasta el momento en que comienza este relato.

Los padres de Eloísa tenían una criada vieja y soltera, especie de Celestina, que valiéndose de la confianza que a sus amos logró inspirar en muchos años de servicio, por su fidelidad y buen comportamiento, era la encargada de mediar con la seño-

rita, por cuenta de los no pocos galanes que, prendados de la hermosura de Eloísa, solicitaban su protección con más o menos puras intenciones.

Eustaquia, que tal era el nombre de la doméstica, sentía cierta predilección por Federico, entre los pretendientes de Eloísa, y puso gran empeño en hacer que la doncella accediera a los vehementes deseos de su primo, quien pagaba pródigamente las interesadas preferencias de que le hiciera objeto aquella zurcidora de voluntades.

Eloísa era una mujer hermosa; una morena excitante; una andaluza de temperamento ardiente y apasionado; condición que la hacía ser más codiciada de los hombres, porque la posesión de tal belleza prometía exquisitos refinamientos de voluptuosidad.

Federico alardeaba de hombre de mundo, con ribetes de seductor; cierto es que desde la edad de dieciocho años gozaba fama de irresistible entre sus amigos y compañeros de correrías; pero justo es consignar que sólo en fáciles conquistas de mujeres más fáciles aun, había aplicado las maravillosas dotes de galanteador que se le atribuían.

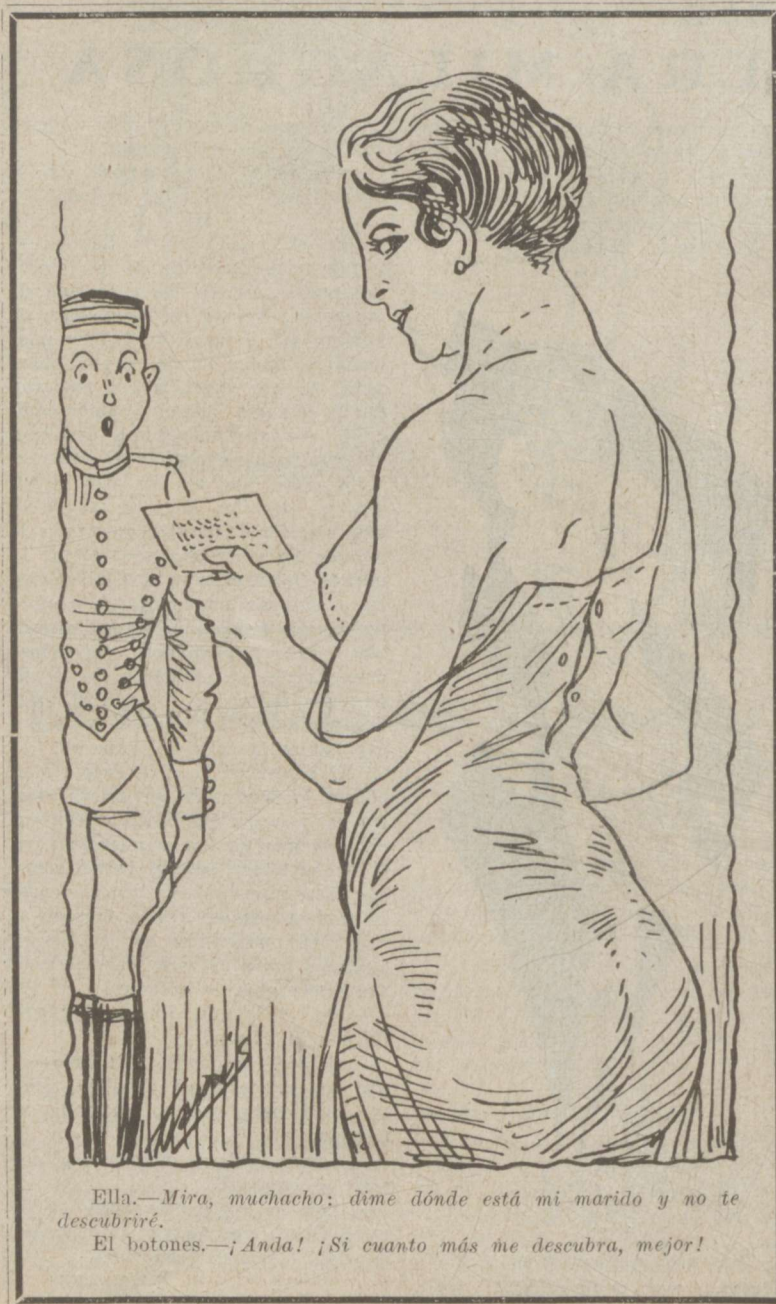
El obstáculo que a sus audacias opuso la honesta resistencia de Eloísa, resultaba para él inexpugnable, y, a no acudir Eustaquia en su auxilio, quizá el mozo hubiera sufrido el primer descalabro en su vida de aventuras.

Rindió a la vieja con ruegos y dádivas, y ella le ayudó con tan buena maña, que todo salió a medida del deseo, nada loable, de Federico.

Una noche, mientras Eloísa estaba en el circo con sus padres, la nueva Celestina introdujo al despreciado galán en el dormitorio de la niña, cubierto perfectamente entre las cortinas del lecho, y allí le dejó, fiando a la reconocida dirección de su protegido el éxito de la empresa.

Volvió Eloísa del circo y se dispuso a dormir, para lo cual empezó por cerrar por dentro la puerta de la alcoba y desnudarse.

Juzgue el lector cuál sería la situación del atrevido mozo que, hecho un ovillo, conteniendo la respiración y con los ojos muy abiertos y fijos en su prima, no perdía el menor detalle de tan delicada operación; examinaba una por una las encantadoras y mórbidas turgencias que la púdica doncella, sin sospechar ser víctima de aquella profanación,



Ella.—Mira, muchacho: dime dónde está mi marido y no te descubriré.

El botones.—¡Anda! ¡Si cuanto más me descubra, mejor!

presentaba con inocente descuido a las ávidas miradas del sátiro.

De pronto la joven, al despojarse de su camisa para cambiarla por la de dormir, quedó completamente desnuda, reflejando su imagen espléndida y radiante en el terso cristal del armario de luna.

La doncella examinó con marcada satisfacción sus físicos encantos, y sonriendo con orgullo procuró verse en varias actitudes, por todos lados, adoptando caprichosas posiciones, que colocaron al desventurado Federico en el estado lastimoso que es de suponer.

Después Eloísa, de un cajoncito de su cómoda, sacó un retrato de hombre en traje de atleta.

Lo contempló con visible deleite, estampó un beso prolongado en la fotografía, la guardó, y, sin cuidarse de cubrir su hermoso cuerpo de ninfa, tendióse encima de la cama.

Permaneció unos instantes boca arriba, fija en el techo la mirada, como si allá en su imaginación evocase gratos recuerdos que hicieron vibrar las fibras más sensibles de su fogoso temperamento.

Luego cerró los ojos y quedó como en éxtasis durante algunos segundos, que fueron siglos para Federico.

Súbitamente despertó de aquel momentáneo letargo, y, como avergonzada de verse en situación tan deshonesta, apagó la luz, dió media vuelta en el lecho y, abrazada a uno de los almohadones, se quedó dormida.

Federico no sabía qué hacer para lograr sus deseos evitando el escándalo; la cosa estaba comprometida.

Eloísa, entre sueños, lanzaba tenues suspiros llenos de pasión, besaba la almohada con verdadero frenesí y retorció su cuerpo en convulsivas contracciones, como si estuviera sometida a la acción de una poderosa corriente eléctrica.

El primo esperó; y al advertir que Eloísa, después de un supremo sacudimiento—en el que sus nervios parecieron estallar—, quedó rendida y en profundo sueño, sin abandonar el almohadón, que retenía fuertemente abrazado contra su desnudo cuerpo, quiso sustituir a aquél, retirándolo con sigilo para ocupar su puesto.

Eloísa, sin abrir los ojos, ni darse cuenta de lo que ocurría, al sentir que el almohadón se deslizaba de sus brazos, trató de estrecharlo más; pero ya Federico estaba junto a ella, y él era el cuerpo que amorosamente ceñía la cándida Eloísa.

Después, la niña, inadvertida, volvió a caer en éxtasis, y el afortunado primo—en su papel de almohadón viviente—logró lo que tantas fatigas le costara.

Algo nuevo, sensación extraña, deleite desconocido debió experimen-

tar Eloísa, por cuanto se mostró insaciable, frenética, sensual, ardiente y exaltada en grados que alarmó a Federico...

A la media hora dormía otra vez profundamente, y el galán aprovechó la ocasión para abandonar el campo y salir de la habitación, siguiendo instrucciones de la vieja, quien, sin peligro de ninguna clase, puso en la calle al furtivo amante...

... ..

Eloísa ignoró siempre que lo sucedido aquella noche no había sido

sueño, sino realidad, y continuó despreciando a su primo.

Aunque no de cuerpo, continuaba virgen de alma y corazón, y después de la *hazaña* de Federico, siguió viviendo y pensando tan honestamente como antes.

El desahogado primo explicaba el suceso de Eloísa en estas palabras:

—Toda mujer, por honesta que sea, tiene un cuarto de hora en que se siente hembra; la fortuna del hombre consiste en saber aprovechar esos deliciosos quince minutos.

L. F.



El (enfadado).—Tienes la lengua muy larga.

Ella.—Eso dicen de ti muchas mujeres.



—¿Qué te sucede?—preguntó Dionisia.

—¿Que he perdido el portamonedas!

—¿El portamonedas?

—¡Sí! Probablemente en la playa... o por la calle, cuando venía hacia aquí... o subiendo la escalera... no sé...

—¿Cuándo lo echaste de menos?

—No recuerdo.

Y el pobre hombre, con los ojos muy abiertos, y la mirada imbecil, continuaba registrándose.

En aquel momento entró Cecilia en el comedor, y los esposos instintivamente se callaron. Cuando la muchacha volvió a salir doña Dionisia preguntó bajando la voz:

—Dime, ¿y si fuese ésta la autora?...— Y completó su acusación con un guiño truhanesco muy expresivo.

—Don Alfonso parecía admirarse de cabeza a pies.

—¡Imposible, mujer!—dijo—. No seas mal pensada.

—¡Sí, sí—interrumpió ella colérica—, fíate de las almas de Dios! No sé qué interés puedes tener en salir siempre a la defensa de esa belitre.

Conviene advertir, que doña Dionisia, que es muy celosa, odiaba secretamente a la sirvienta, y este antagonismo se reerudecía y exaltaba cada vez que don Alfonso, mollar de condición y amigo de lo justo, metía un capote en favor de la muchacha.

Don Alfonso miró a su mujer con ojos suplicantes; pero ella, irritada por la hipócrita impavidez de Cecilia y la protección que su esposo ladinamente la ofrecía (protección en la cual doña Dionisia adivinaba un rescuicio de amoroso sentimiento), perdió toda prudencia, y poniéndose en jarras delante de la muchacha, gritó:

—¿Qué, no dices nada? ¿No se te ocurre nada? ¿No te has enterado aún de lo que estamos hablando?

—No, señorita—repuso Cecilia.

Y hablando así miraba a su ama con sus grandes ojos ingenuos, abiertos de par en par, como ofreciendo en ellos su alma honrada que no mentía.

—¡Con que... no sabes nada!—repitió doña Dionisia—. Pues, sí, al señor se le ha perdido su portamonedas.

—¡Ah!

—¡Y es preciso que aparezca!

—Bien, señorita, lo buscaré.

—No basta que lo busques, es preciso que lo encuentres. De lo contrario tendrás que habértelas con el juez.

Cecilia se había puesto muy pálida; repentinamente comprendió la fea acusación de que era objeto, y herida en su honradez, en su amor propio y en todo cuanto había en

El escándalo de Santander

Ya tiene un sabroso lema de murmuraciones y comadreo la viciosa colonia de Santander.

Se habla de un esposo inocente, pero a quien las apariencias condenan.

De una mujer celosa y de una criadita, cuya verdadera situación en este picante enredijo matrimonial no está aún determinada puntualmente.

::

Apelando a nuestra triquiñuela de los nombres supuestos, diremos que dos acomodados comerciantes madrileños de la calle Mayor llegaron a Santander acompañados de Cecilia, una doncellita en quien tenían gran confianza, y todos juntos se instalaron en un hotelito inmediato al Sardinero.

(Esto ocurrió, según nos escribe cierto amigo, enterado perfectamente de la cuestión, a fines del pasado mes de Junio.)

Días atrás regresó don Alfonso de la calle momentos antes de la hora de comer. Dionisia, su mujer, estaba en el comedor esperándole.

Cecilia iba y venía a la cocina, fregando platos, echando a los guisos los últimos aliños y aderezando la mesa. El esposo se dejó caer sobre una silla sofocadísimo.

—¡Uf, qué calor!

—¡No se puede respirar!

—Cuando venía hacia aquí me dijeron que un marinero había pescado un puñado de sardinias fritas...

De pronto don Alfonso, que había empezado a registrarse los bolsillos con aire preocupado, lanzó un grito.

ella de más sensible y excelente, rompió a llorar. Desde aquel instante la pobre muchacha fué como víctima maniatada que ya no se defiende.

—¡Vuélcate los bolsillos!—gritó doña Dionisia.

Y Cecilia obedeció.

—Dame las llaves de tu baúl.

Y Cecilia entregó las llaves.

—¡Ahora verás—exclamó doña Dionisia con aire triunfador dirigiéndose a su marido—cómo aparece tu portamonedas!

Y salió del comedor furiosa como un torbellino, decidida a registrar toda la casa.

Cecilia permaneció en pie, junto a la mesa, restañándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Nunca, nunca!—repetía—. ¡Soy inocente, soy inocente!

Don Alfonso, compadecido de tanto dolor y humillación tanta, y reconociéndose autor principal de aquel enojoso fregado, quiso consolar a la afligida moza.

—No te apures—dijo—, todo se arreglará.

—¡Soy inocente, soy inocente!

—Sí, lo supongo; pero, ¿qué quieres? Intemperancias de mi mujer. Como tiene ese geniazo tan violento, y tú... y yo...

Hablando así, se levantó y fué a colocarse en pie, detrás de Cecilia. Esta seguía llorando con el rostro oculto entre los pliegues de su delantal, y sobre su nuca tersa y mate de virgen plebeya, los riellos locos travesaban.

—¡Hí! ¡Hí!—repetía la niña, inconsolable—. ¡Soy inocente!

Don Alfonso, no sabiendo cómo aplacar aquella noble desesperación, estrechó a la joven contra su bondadoso pecho.

—¡Cálmate, cálmate!—decía—. Parece imposible que la pérdida de un portamonedas nueva toda esta zarahunda. Un portamonedas que... ¡quién sabe!... acaso no esté perdido... porque, quién impide que yo, distraidamente...

Guiado por su bondad, había comenzado por registrarse escrupulosamente, despacito, volviendo sus bolsillos uno a uno. De pronto sus dedos dieron con lo que buscaban. ¡Con el portamonedas!...

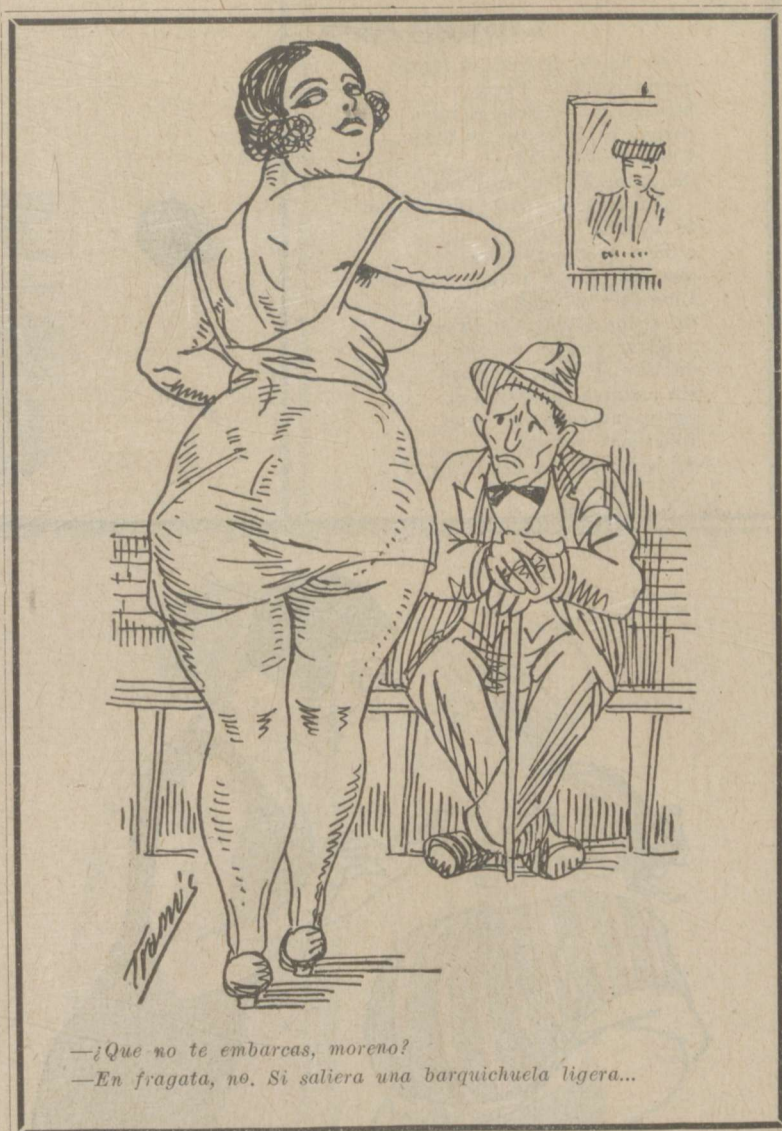
—¡Oh!—exclamó—. ¿Ves? Aquí está. Bien decía yo que tú eras una muchacha incapaz...

Cecilia seguía llorando.

—¡Vaya! ¿Quieres callar de una vez? Aquí está el portamonedas, tonta, aquí está, míralo—. Y la abrazaba por la cintura, zarandeándola, desesperado de no poder volverla en su acuerdo.

—¡Pobre, pobrecita!—repetía.

Realmente, en aquella actitud, de pie, y abrazados, más tenían trazas



—¿Que no te embarcas, moreno?

—En fragata, no. Si saliera una barquichuela ligera...

TOCAR A GLORIA

Recuerdo, aunque tengo muy mala memoria, que el sábado santo tocaban a Gloria.

Salté de la cama celoso, impaciente, pero hallé el enigma. Porque aquel teniente que el oso te hacía, sonriente y ufano, tenía en las suyas tu rosada mano, y juntos los cuerpos en tal tesitura, que la tal escena me dió calentura.

Así es que aunque toquen en sábado santo, sigo en mi camita y no me levanto, diciendo tranquilo en mi fuero interno: ¡que toquen a Gloria o toquen a... cuerno!

FELIX RECIO

FRANCISCO LINARES

LIBERANOS

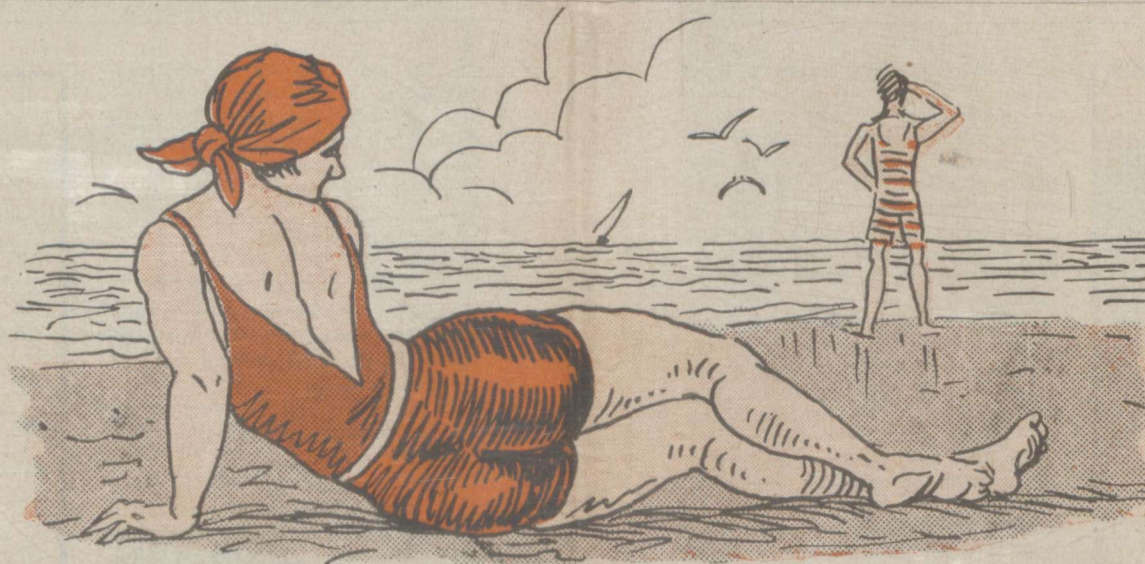
No ha de decirse un piropo aunque pase la Dorié, hembra que se lleva el copo, porque es peligroso, y luego...

Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.

¿En cines fumar? ¡Qué horror! Si lo sabe su *mercé* ordena al gobernador que nos cace a sangre y fuego.

Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.

Mirar alegres dibujos de Bav, Fabiano o Goxé sin andarse con tapujos, eso ya no es ser un lego. Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.



La reina de las regatas.

DOMINÉ

Pasear de madrugada, y más pasear a pie, sin tener que buscar nada... eso huele a dar el "pego".

Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.

¿Ir al cine acompañado de la señora? ¡Por qué?

Si para él es gran pecado. Ni pensarlo, desde luego.

Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.

Obrar así es gran cordura. ¡Olé los jefes, olé!

¡Que viva la dictadura!

Y aunque a todos nos dé *juego*...

Liberanos *dominé* del señor Millán del Priego.

J. PEREZ DEL MURO



—Pero, chica: ¿de qué son esas manchas de la falda?
—Son manchas de cine.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

CARTAS SIN SOBRE

Mi distinguido señor, y también desconocido: Recibí su atentísima carta acompañada del sello de quince céntimos que usted me enviaba para la contestación, y que yo me he tomado la libertad de tomármelo (no le tomo el pelo) para ver si se me calmaba el terrible dolor de cabeza que me produjeron las faltas de ortografía que usted, quizás inconscientemente, puso en su carta.

Si hubiera sido un sello de oro (una sortija) no me lo habría tomado. Lo tendría ahora empeñado. Yo soy así, caballero.

Así, pues, perdone que le conteste desde las columnas de este jocundo semanario.

La preguntita que me hace en su amable carta, así a primera vista, a vista de pájaro, parece una tontería; pero, si lo pensamos un poco..., resulta una tontería con propina.

Me pregunta usted qué haría yo con la Chelito en despoblado.

¡Ahí es nada! La preguntita se las trae; por eso no le extrañe a usted que haya tardado unos días en contestarle, pues para ello me he visto precisado a consultar varios libros de cocina, y algunos de caballería, y a darme grandes y oxigenantes paseos por despoblados, como es la Puerta del Sol...

No sé, verdaderamente, qué ha-

ría yo en un despoblado con la Chelito.

Lo natural, lo que yo creo lógico, es que a tal preciosidad la guardara todos los respetos que una dama—más o menos dama—se merece.

Claro que—esto es lo que se me ocurrió después de los paseos y de las consultas que he hecho—, como nos íbamos a aburrir una barbaridad, lo más probable es que yo pidiera a la Chelito una de sus célebres rumbas, y así pasaríamos el rato moral y agradablemente.

Y después, cuando ella se cansara de buscarse la pulga, galantemente se la buscaría yo, con la seguridad de encontrarla. Ya sabe usted que el que la busca, la encuentra.

Esto, distinguido amigo, y también desconocido, es lo más que puedo decirle, advirtiéndole que para lo sucesivo, la primera pregunta que me haga, venga acompañada de unas pesetas (en papel; tamaño cuartilla), y que ésta se refiera a los señores que, como usted, sean algo idiotitas y que carezcan de ortografía.

¡Porque usted no sabe lo doloroso que resulta leer una carta en la que hay *haigas*, *onbres*, *bersos* y *pugas con jota*!

De usted afectísimo servidor *sablista*.

NICOLAS DE SALAS



—Güenas tardes y osté desimule. ¿Aquí no vive la Pura?
—Aquí no busque usted ninguna Pura, buen hombre.



—Cúbrete las carnes.
—¡Anda, cúbreme tú!

EL GALLINERO

Por este nombre conocíase en París uno de los Círculos más distinguidos y elegantes. Allí reuníase gran parte de la aristocracia parisiense aficionada a la avicultura, y amenizaba sus reuniones debatiendo temas y planteando apuestas sobre las aves de corral.

En aquel lujoso salón veíanse disecados, en artísticas vitrinas, los más extraños ejemplares; entre ellos conservábase, como joya de inapreciable valor, el auténtico "gallo de la pasión", al que todas las socias miraban de una manera muy especial. En un recipiente adecuado, y como gran curiosidad, guardábase un par de huevos, de dimensiones descomunales, que habían pertenecido a un carabnero polaco, y que éste, después de haberlos presentado en varias Exposiciones, regaló a este aristocrático Círculo, en el que a cada momento despertaba en las señoras la idea de una buena tortilla.

Entre los socios habían distintos sectores. Los unos se dedicaban al cruce de razas; otros, a conservar razas puras; había quien sentía predilección por los gallos o gallinas, y no faltaba, entre ellos, quien sintiese gran afección a los capones.

Hacia ya una larga temporada que la monotonía del Círculo no había sido interrumpida por el descubrimiento de algún ejemplar fatático, y empezaba a desanimar el club cuando ocurrió algo sensacional. Un árabe, el gran Mam-ham-he-la, conocido por notable avicultor, presentó una polla como jamás había sido visto ni remotamente parecida, y causó tal admiración, que durante mucho tiempo la polla del árabe corrió de boca en boca, siendo el tema del día.

En un viaje por la India, la esposa de Mam-ham-he-la, adquirió un conejo de este país; un ejemplar raro, de pelo negro y ensortijado, y atraída por el formidable éxito de

su marido, presentó en el club su conejo, y aunque allí no se trataba de aquella clase de animales, despertó tal curiosidad entre el París elegante, que aumentó considerablemente el número de socios, tan sólo por contemplar el conejo de la señora del árabe. Y puedo asegurar que estuvo corriendo bocas bastante más tiempo que la polla de su marido.

Durante una temporada el matrimonio árabe fué agasajado y ensalzado por todo París; pero cuando mayor era su gloria, cuando más esplendoroso su éxito, fueron atacados marido y mujer de un mal extraño, de una dolencia misteriosa. Al principio se creyó que aquel microbio procedía de la gallinita del árabe; pero hubo quien aseguró que era el conejo de su señora quien lo había originado. Pero para todos fué un secreto, y hasta los facultativos más eminentes estrellaron su ciencia contra los muros del enigma, y tuvieron que confesar que se trataba de una enfermedad secreta. Pero la triste realidad fué que al poco tiempo fué cayéndoles el pelo a Mam-ham-he-la y a su esposa, hasta quedarse calvos como las bolas de billar, viéndose precisados a llevar peluca. Pero no terminaron aquí los estragos de la maligna enfermedad, pues se propagó con tanta rapidez, que, en menos de dos meses, hasta el portero del club usaba bisoñé.

SIBARIS

Valencia, 32.



De nuestro melonar

Fui a por barbos a una barbería, y me dijeron que en aquel establecimiento sólo afeitaban.

::

Si al que se apodera de lo ajeno, se le llama "ratero", al que se dedica a la cría de ratas, ¿cómo le llamaremos?

::

Yo creo que la palabra "Partido" es una de las del Diccionario que más partido se le puede sacar.

Véase la muestra:

Don Juan ha partido para América.

¡Me has partido, tren de la una!

¡Vaya un partido que ha hecho Juana casándose con Miguel!

Para partido, el que se celebró ayer.

Creo que habrán partido ya la herencia.

(Indudablemente debe ser divertido para un profesor de idiomas dar lección de español a un inglés y que por añadidura fuese éste mudo).

LUISITO

COMO AMAMOS

A LOS 15 AÑOS

¡Qué dichoso yo fuera si no fuese tan zote, y a mi prima Asunción yo le dijera... y tuviese además un gran bigote!

A LOS 20

Una sola mujer será mi amada y será para mí todo un tesoro; pero lo pienso y... ¡nada!
¡Cuando de las que veo me enamoro!

A LOS 30

¿Que a mí me gustan todas? Tontería. Es decir, todas, sí (menos la mía).

A LOS 40

Esa rubia gentil es muy hermosa y me siento por ella enamorado.
¡Pero es tan triste cosa este abdomen tan grande y abultado!

A LOS 50

¡Qué linda es esa joven camarera; cómo la enamorara si pudiera!

A LOS 60

Debo de ser muy viejo y voy a perecer.
Tan sólo me preocupa mi pellejo, ¡tan sólo me ilusiona mi mujer!

JOSE DE ARANDA

Se impone el desnudo

Ahí tienen ustedes al pobre Melchor Vinegrete.

Desde que se casó no ha tenido un día bueno; pues a los cuatro del matrimonio recibió la espantosa cesantía.

Su desolada esposa fué a ver al ministro; pero éste maldito el caso que le hizo, y tantas desdichas se aglomeraron sobre el infeliz Melchor, que se dejó morir, y se murió un domingo por la tarde.

La joven viuda, que por cierto no era fea, se casó con otro pelagatos, corista de un teatro, y éste, claro, la dedicó al arte que él cultivaba, con dos objetos: No perderla de vista y tener dos sueldos.

Pero vean ustedes lo que son las cosas.

A los pocos días de entrar en el teatro la nueva corista, se estrenó una zarzuela de espectáculo, donde las señoras del coro lucían sus formas.

Y vean ustedes también lo que son las casualidades.

El mismo ministro que no quiso escuchar a la mujer de Melchor, asistió al estreno, quedando verdaderamente admirado de una Venus que aparecía en la apoteosis dentro de una artística concha de nácar y oro.

El personaje en cuestión esperó a que terminaran el espectáculo que tan buen efecto le había producido, dirigiéndose acto seguido a la Contaduría.

Y una vez allí, ni corto ni pere-

zoso, entabló el siguiente diálogo, porque para algo había de servirle ser ministro:

—¿Conoce usted a esa chica que ha hecho de Venus?—preguntó el ministro al empresario.

—Ya lo creo. Es una corista nueva, casada con un chico del coro también.

—Está muy bien.

—¿Quiere usted hablar con ella?

—Ahora, no. Ya veremos mañana. No pasó más.

Pero a los pocos días la nueva corista y su esposo se despedían del teatro, en medio de la general admiración y dando lugar a ciertas habladurías muy del caso.

Ahora hay que ver al marido con gabán y chistera desempeñando un importante empleo en una de las oficinas del Gobierno.



—¡Qué noche más mala! Me he tirado lo menos tres... horas sin dormir... (Mal pensados.)

¿Y todo por qué?

Por el indiscutible poder de las formas.

¿Y aun habrá quien le haga la guerra?

MORON



Cosas que se dicen

Una hermosa huevería ha puesto en Madrid Anselmo, y tan bien le va el negocio que hace hasta gastos superfluos.

El saca, sin gran trabajo, con la venta de su género para sostener criados, cocinera, aya, porteros, doncella, niñeras, amas de cría y otros domésticos animales que a él le gustan.

Su señora usa en invierno unos trajes deslumbrantes, y en verano lleva el cuerpo cubierto de ricas telas de un incalculable precio, que dejan ver ciertas cosas que en tensión ponen los nervios.

Estos gastos y otros muchos, que decir no viene a cuento, le salen, como ya he dicho, a nuestro estimado Anselmo de la fresca mercadería que al día vende por cientos.

Ahora, en lo único que el hombre no quiere gastar un céntimo es en comprar a su esposa un automóvil pequeño.

Y por más que llora y gime la pobre mujer de Anselmo, con su gusto no se sale a pesar de que él es bueno.

Y el hombre tanto se apura oyendo a su esposa el ruego continuo de que la compre el objeto de sus sueños, que, por ver si al fin encuentra para que calle algún medio, la dijo así el otro día:

—Mira, niña; ya hace tiempo que cuantos caprichos tienes te los doy siempre contento; pero es porque sufragarlos con la venta que hago puedo, pues ésta es tan aceptable que de ella sale para eso.

Pero de ahí a que ahora quieras un automóvil, Consuelo, va una diferencia grande, pues tiene el tal un gran precio.

Por lo tanto, desde ahora, no insistas más, te lo ruego; si el automóvil no compro, ¿no comprendes, hace tiempo, que es porque la cantidad que importa yo no la tengo por la razón de que hoy día gano poco con los huevos?

ANGEL PALANQUES

LOS HUMORISTAS EXTRANJEROS

LA VIEJA PICARDIA

por Margarita de Valois

De la mujer que hizo escapar a su amante en el momento en que el marido, que era tuerto, pensaba sorprenderlos juntos.

Había un viejo ayuda de cámara del duque Carlos de Alençon, el cual había perdido un ojo, y estaba casado con una dama más joven que él. Estimábase su amo el duque, hasta el punto de retenerle a todas horas, lo cual fué causa de que su mujer contrajera ilícitas relaciones con un apuesto gentilhomme, las cuales fueron conocidas del populacho.

Llegó el rumor de su cornudaje a oídos del pobre marido, el cual no podía creer en la falta de su

mujer. Sin embargo, decidió hacer por sí mismo la prueba, y vengarse si podía, y era cierta su deshonra, y para ello fingió ausentarse de la población por unos cuantos días.

Apenas hubo partido, mandó la esposa a buscar a su amante; mas cuando no hacía aún media hora que éste se hallaba con ella, presentóse el marido y comenzó a aporrear furiosamente la puerta de entrada.

El amante quedó tan estupefacto, que bien hubiera querido hallarse dentro del vientre de su madre, maldiciendo a la dama y al amor que a tal peligro le había condeuido. Mas ella, sin perder le serenidad,

le ordenó que se vistiera lo más presto que le fuera posible, prometiendo hallar modo de hacerle salir sin riesgo y sin escándalo.

Entretanto el marido no cesaba de golpear la puerta llamando a grandes gritos a su mujer; mas ésta, fingiendo no conocerle, decía a su criado haciéndose la enfadada:

—¡Pero no os levantáis aún para imponer silencio a esos que tanto ruido meten en la puerta? ¡Es esta hora de ir a llamar a casa de gente honrada? ¡Ya se guardarían de hacerlo si mi marido no se hallara ausente!

El marido, al oír la voz de su esposa, la llamó lo más fuerte que pudo:

—¡Esposa mía! Abreme. ¡Vas a hacerme estar aquí hasta que sea de día?...

Cuando ella vió que el amante estaba ya dispuesto a salir, abrió la puerta y exclamó dando muestras de contento:

—¡Oh, esposo mío! ¡Qué dichosa me hacéis con vuestra llegada! Estaba soñando una cosa maravillosa que me ha llenado de alegría, y es que habías recobrado la vista de ambos ojos.

Y abrazándolo y besándolo, le cogió la cabeza, le tapó con una mano el ojo bueno y le preguntó:

—¿Será verdad lo que he soñado? ¿Veis algo con este ojo?

Aprovechando que el infeliz nada veía hizo salir al amante, pero el marido sospechó al instante la traza, por lo que no pudo menos de exclamar:

—¡Esposa mía! Por Dios, que no volveré jamás a vigilarte puesto que queriendo cogerte, he sido yo el cogido. Sólo Dios puede enmendarte, puesto que no está en el poder del hombre el sentar la cabeza a una mujer cuando sale... loca (1), si no es matándola.

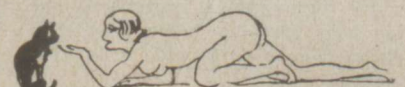
Y luego de decir esto se marchó, dejando muy desconsolada a su esposa, que gracias a sus lágrimas y excusas volvió con él a los pocos días, ya que la mayor parte de los cornudos son personas de muy buenos sentimientos.

Por la traducción,
AZOGUE

(1) El original emplea una palabra mucho más gráfica.—(N. del T.)



El.—Ya sabes que yo no tengo pelos en la lengua.
Ella.—No presumas, que alguno debes encontrarte de vez en cuando.



UN INGLÉS CAPRICHIOSO, POR MÉNDEZ ALVAREZ



Un inglés llegó a Sevilla y se encaminó a una casa del amor.

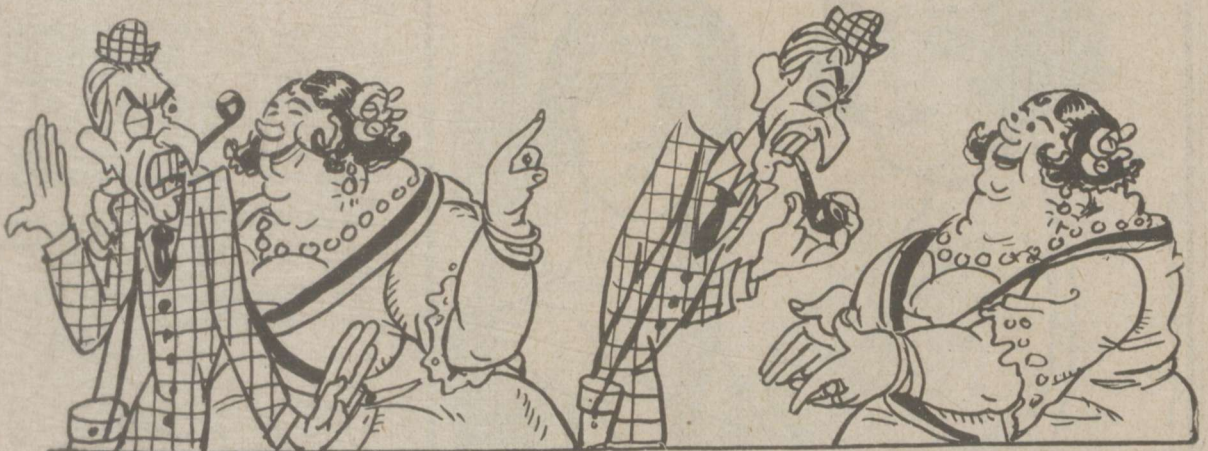
—Yo querer una cosa rara—dijo al ama de la casa.

—¡Una negra!—respondió ésta rápidamente.

—Yo haber tenido negra.

—¡Ah! Pues, así, una mora.

—Yo haber tenido muchas moras.



—¡Una china! Vendrá una china...

—Yo haber tenido china—replicó impertérrito el inglés.

—Pues, francamente, yo no sé lo que quiere usted, mister.

El buen inglés se decidió a la petición concreta:

—Yo querer un mochacho...



—¿Qué? ¿Un muchacho? ¿Habrá sinvergüenza!
—contestó el ama indignada—. ¡A ver, tú, Paca,
baja y avisa a un guardia de Asalto!

El inglés, flemático, observó y dijo:

—No se moleste. ¡Yo haber tenido ya guardia de Asalto!...

El ama dió un salto y exclamó:

—¡Mi madre qué tío!—y se murió de repente.

LA PENITENCIA

Dice un libro viejo que ha llegado a mis manos, que allá por los tiempos en que Roma estaba más perversa y más dedicada al vicio, le dió a una bella romana por arrepentirse después de haber llevado una desordenada vida...

La bella de referencia buscó a un viejo sacerdote, con objeto de que le dijera lo que tenía que hacer para alcanzar el cielo.

Y sacerdote y romana se expresaron de esta manera:

—Soy una pecadora arrepentida, que llega a tus plantas en busca del perdón.

—Ya no eres tan pecadora como antes.

—¿Y crees que me podré salvar?

—Haciendo una vida ejemplar y cumpliendo la penitencia que se te imponga, creo que conseguirás algo de lo que te propones.

—¡Oh, qué bueno eres!

—Estate quieta y continúa.

—¡He sido muy mala!

—No importa. Aquí vino un ladrón empedernido y prometió morir sin dejar de castigar ni un solo día su **mano diestra**, que es con la que cometía los robos y asesinatos.

—Pero es que yo he sido peor.

—No le hace. Un desdichado que dedicaba su talento a defender malas causas, ha muerto hecho un santo, sin haberse quitado de la cabeza

un casco de plomo con el cual se daba martirio.

—Aun soy yo peor.

—Nada te importe. Un padre que mató a su hijo de un terrible puntapié, ya está casi purificado después de diez años consecutivos sin cortarse los callos.

De este modo continuó la confesión, acusándose ella y allanándole el sacerdote el camino con relatos de penitencias por el estilo de las que acabamos de describir.

No se sabe el pecado gordo que llevaría la hermosa romana, pero es lo cierto que al salir del templo después de haber orado un largo rato, se dirigió a su casa, dando severísimas órdenes para que a nadie se le permitiera la entrada.

Así transcurrieron bastantes días, viendo los siervos con singular asombro que su señora no usaba para nada los muebles propios para sentarse.

Durante la noche, nadie sabía lo que pasaba dentro de la habitación; pero al rayar el día, podía vérsela en la amplia terraza sentada en el duro suelo sin variar de postura.

—¡Pero, señora, tú acabarás por enfermarte!—se atrevió a decirle la esclava de confianza.

—Esta es una penitencia que he prometido cumplir—contestó la pecadora.

Y siguió sentada sobre el duro mármol del pavimento.

KARP



Noticia de sociedad

La joven duquesa consorte del Plátano Florido, la marquesa de la Berenjena, la condesa de Huevos Rancieros y la ex baronesa de la Toes flácida, están muy contentas estos días con motivo del encarcelamiento de sus cónyuges por la "sanjurjada" de Agosto.

Se están hinchando de probar divanes de jóvenes influyentes. Después frecuentan sacristías para que echen las purgaciones (los pecados hay que purgarlos), y acaban sus tournées tomando chocolate con bolas en la churrería "Maxim 's golfo", a las cinco de la madrugada, con unos chulánganos antiguos clientes de San Juan de Dios.

Hay damas aristocráticas que son fieras para esta clase de sacrificios.



—No quiero que vayas al cine con Luisito.

—Si el chico se está siempre muy quieto.

—Por eso no debes ir con él.

GRACIA DE LOS DEMAS

EN EL CABARET



Ella.—¿Qué mujer! Ayer tan mal trajecada; ¿qué habrá hecho hoy para venir tan bien vestida?

El.—¡Toma, pues desnudarse!



—Créame, marqués, me las he visto gordas para poder venir.

—Pues yo no las veo.



—Y, querido, ¿es ese el gran temblor que me habías prometido?
—¿Qué quieres?... ¡Si has echado diez veces carbón al fuego!



El.—¡He tenido una buena inspiración al venir aquí!... Créame que el anoecer no sabía hacia dónde orientar mis pies...

Ella.—Afortunadamente no titubea tanto cuando se trata de sus manos...



La madre.—¿Qué esperanza! Lo que es con ese tipo no te vas a casar. Me han asegurado que tuvo antecedentes...

La hija.—¿Y es contagioso eso?



La patrona.—Yo no lo conozco a este señor. ¿Qué quiere?

La mucama.—El dice que ha olvidado sus tiradores en el dormitorio de la señora...



El.—Tengo idea de que me ocultas algo...

Ella.—¡Te juro que no!... ¡Regístrame!...

IMP. "LA GUTENBERG"



BESAME

20 cts.

—Señorita: no corra usted tanto. ¿Es que va a apagar algún fuego?

—¡Ay, quién sabe! ¡Si fuera usted bombero!...

